



colección rúbrica



¿Somos todos criminales?

101 relatos de *True Crime*



Ilka Garkisch

esstudio
serie negra



colección rúbrica



ILKA GARKISCH



¿SOMOS TODOS CRIMINALES?

101 relatos de *True Crime*

esstudio
ediciones

A la parrilla

Como siempre, a los turistas que vienen a la capital les cuesta decantarse por el destino de la próxima excursión. Se imponen varias cuestiones en cuanto a los sitios a visitar. Casi siempre serán tres o cuatro lugares como destino prácticamente obligatorio: Aranjuez, El Escorial, La Granja de San Ildefonso y Toledo, dando cada uno para un relato por sí mismo.

El Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial transporta a sus visitantes a varias etapas de la historia del país, pero en especial a la del reinado de Felipe II. A la altitud de 1.028 metros sobre el nivel del mar, en plena sierra de Guadarrama, con una superficie 33.327 metros cuadrados, se ubica en la ladera meridional del monte Abantos, un lugar mítico que rezuma como ningún otro el «espíritu del español». Trazado su plan en 1558, erigido entre 1562 y 1586, consagrado en 1595, combina a la perfección elementos artísticos españoles, flamencos e italianos, todo impulsado por un Felipe II treintañero, importante mecenas de las artes, también llamado *el Prudente*. Con razón, ya que se mantuvo casi cuarenta y tres años en el reino. Bajo la tutela del monarca de la casa de los Austria, Madrid se convirtió en la capital de España, dejando Toledo de lado. Según algunos historiadores, su segunda mujer, la Reina Isabel de Valois, estuvo disgustada de la ciudad de las tres culturas, los extremos de su clima y las murallas en torno a la ciudad. Con cuatro matrimonios, once hijos (reconocidos) y dos amantes, tal vez fue más fiel como gobernador que como marido.

San Lorenzo de El Escorial, admirado y conocido a lo largo y ancho del mundo, aglutina funciones muy diversas, entre ellas la de

biblioteca, colegio, convento, enfermería, hospital y seminario. Nació diseñado por Juan Bautista de Toledo, quien ya había ayudado a Miguel Ángel en la construcción de la basílica de San Pedro del Vaticano, como monasterio de monjes de la orden de San Jerónimo. Su iglesia iría a servir como panteón del Emperador Carlos V y de su mujer, Isabel de Portugal, más el de su hijo Felipe II y de sus familiares sucesores. De la residencia de la familia real española a su lugar de sepultura. Solo uno de los muchos «detalles».

Un lugar único en todo el mundo que se compone de varios espacios, entre ellos el Patio de Reyes, la Basílica, la Biblioteca, el Panteón de Reyes, la Lonja, la Sala de Batallas, así como los Jardines del Monasterio y de las Casitas. A muy grandes rasgos lo resumimos en monasterio, iglesia, palacio y panteón. Junto al complejo se encuentra el Bosque de la Herrería, destacando por igual por su gran valor histórico y paisajístico, con una superficie de 497 hectáreas, el típico bosque mediterráneo con una riqueza faunística, hasta dos tipos de culebras reptan por allí y por los aires vuelan entre otros, águilas, buitres, busardos, halcones y milanes.

Muchísimas cosas por mencionar y detallar, pero lo que ahora sería lo más interesante es la estructura del edificio. Estamos delante y estamos impresionados, tanto por el monasterio como por la cordillera de montañas, y muy probablemente nadie pensará en el hecho que el edificio tiene forma de parrilla y cómo llegó a tal. La vista de rana aplasta la vista del pájaro, y nos oculta muchas perspectivas que serían muy dignas de ver.

Desde el aire, a vuelo del pájaro el monasterio es rectangular y se erige en forma de una parrilla. Muchas razones llevaron a construir el monasterio, una de las más imperantes fue el homenaje a la batalla de San Quintín, contienda a la que debemos el dicho «armarlas de San Quintín», cuando las tropas españolas, comandadas por Manuel Filiberto de Saboya, lograron vencer a las galas, causando unas diez mil bajas, el día 10 de agosto de 1557. El día 10 de agosto, la festividad

cristiana de San Lorenzo, día de la coronación de Felipe II, motivo por el que se tomó la decisión de dedicar todo el complejo a este santo.

San Lorenzo murió el 10 de agosto del año 258 de nuestra era, un mártir romano, un sacerdote de origen español, quemado en una parrilla, como castigo por su desobediencia. Durante su actividad religiosa administraba los bienes de la Iglesia, hasta que fue ajusticiado junto con el papa Sixto II, mientras que el Emperador Valeriano los perseguía. Solicitaron al sacerdote la entrega de los tesoros de la Iglesia, cosa a la que no accedió. En vez de eso San Lorenzo pidió un plazo de tres días para poder reunirlos. Mientras tanto, ni corto ni perezoso, el español se fue a un cerro de Roma donde enterró todos los objetos de valor del clero. A instancias de entregar las arcas eclesiásticas, San Lorenzo apareció con una marabunta de ancianos, enfermos y pobres, alegando haber traído el tesoro máspreciado de la Iglesia de Cristo. El castigo, el de morir en parrilla ardiente no se hizo esperar. En medio del martirio suplicó a sus verdugos que le dieran la vuelta. «Dadme la vuelta, que por este lado ya estoy hecho.» Valiente hasta la hora de la muerte, creando además la leyenda de las *lágrimas de San Lorenzo*, estrellas fugaces que caen del cielo estas noches mágicas de agosto, la lluvia de las Perseidas.

De hecho, la estructura del monasterio no es otra de una parrilla al revés, lo que reviste toda una conmemoración a este santo mártir. El motivo de la parrilla al revés aparece en muchos lugares del edificio, sea de manera esculpida en relieve o pintada. Mango de la hipotética parrilla más las cuatro patas del asador, desde la fachada hasta las esquinas. Todo a la parrilla.

Desde el 2 de noviembre de 1984 el monasterio forma parte de la «Lista de Patrimonio de la Humanidad». Como siempre en la vida, las malas lenguas no quedarán ausentes ni quietas. Con sus aproximadamente cuatro mil habitaciones, más de mil doscientas puertas, algunas de ellas meramente decorativas para ofrecer un conjunto simétrico y 2.675 ventanas, el pueblo creó el dicho «San Lorenzo de El

Escorial, donde sobra el material». Otro decir, con algo menos rima es «tardar más que la obra de el Escorial». Gracias a sus dimensiones y su valor monumental, San Lorenzo del Escorial es también llamado la «octava maravilla del mundo».

A Pin to See the Peepshow

Feminista hasta la médula, abogando por aborto y divorcio, su vida no deja de impresionarnos hasta el día de hoy. Wynifred Margaret Tennyson Jesse nació el 1 de abril de 1888 en Chislehurst, Kent y murió el 6 de agosto de 1958 en Londres. Su nombre de pila original cambió por Fryniwyd y de ahí salió la letra F con la que solía firmar sus obras. Fryn venía como la contracción de Wynifred. Como sea, la rebelde Fryniwid fue la segunda de tres hijas, la más pequeña murió de niña por enfermedad. Su hermana mayor que había nacido el año antes también era escritora. Stella Mary Jesse fue muy bien recibida por su novela *Eve in Egypt*, escrita en 1929.

Fryniwyd escribía además como Wynifred Margaret Tennyson y el seudónimo F. Tennyson Jesse, en honor a su tío abuelo, el escritor Alfred Lord Tennyson. Entre 1913 y 1957 estuvo operativa con su pluma. Cuando estalló la Gran Guerra tenía veintiséis años. En su misión como corresponsal en la contienda informaba sobre todo sobre el *Women's Army Auxiliary Corps* y los ataques de los alemanes a Bélgica, un país muy poco conocido por sus afanes bélicos. Desgraciadamente metió una mano en la hélice de un avión, así que perdió la mano por completo y tuvo que llevar prótesis de por vida. Este accidente la marcó el resto de sus días, fue una adicta a la morfina y demás somníferos. Pese a todo tenía unas tremendas ganas de trabajar y una voluntad inquebrantable, nada menos estuvo al servicio del Ministerio de Información y Propaganda.

Valga la redundancia, su tío abuelo fue el poeta Alfred Lord Tennyson y desde muy joven estaba fascinada con el mundo de las letras. Estudiaba en París, donde vivía en un internado y en su tierra estudiaba

Arte. Algunas de sus obras son: *Beggars on Horseback*, 1924; *Secret Bread*, 1917; *The Sword of Deborah: First-hand impressions of the British Woman's Army in France*, 1919; *The White Ribband*, 1921; así como *Tom Fool*, 1926.

Después de la Gran Guerra se puso de lleno con su obra literaria y en 1919 se casó en secreto con el dramaturgo Harold Marsh Harwood. Con su marido colaboró en varias ocasiones, especialmente en obras de teatro. Fruto de esta labor son: *Billeted*, 1917; *The Pelican*, 1924; *How to Be Healthy Though Married*, 1930, así como la adaptación de *La caja mágica* en 1951. En solitario escribió comedias como *Quarantine*, 1922; *Anyhouse*, 1925, más algunas colecciones de poesía. Su primera novela *The White Ribband*, 1921 fue muy querida y Joseph Conrad la calificó de «joya». Novelas históricas como *Moonraker*, 1927 y *The Lacquer Lady*, 1929, sobre la dama de honor europea Fanny Moroni en Birmania, y *The Solange Stories*, 1931 siguieron. No paraba.

La labor de su padre como pastor anglicano, la mano perdida en el accidente y su intrépida dedicación como corresponsal durante la Gran Guerra, entre muchos otros eventos, calaron en su vida. Aparte de escritora fue experta en Criminología y se dedicaba a escribir sobre la materia. Salieron varios libros para la serie *Notable British Trials*, entre ellos el juicio de John Christie, el estrangulador de Rillington Place, y Timothy Evans, un inocente que fue ahorcado por unos asesinatos que no había cometido. Una vida muy fuera de serie. No nos dejó descendencia, pero numerosas obras extraordinarias.

Escribiendo sola o con su marido, *La caja mágica* podrá ser considerada su obra magistral, la que más atención y alabanzas granjeaba. Entre todas es la con creces más conocida. No es un thriller, como se podría imaginar, sino una novela romántica que describe los sentimientos y motivos de cada uno de sus protagonistas. *A Pin to the Peepshow* es su nombre en el original. Pese a sus seiscientas páginas, es una lectura fluida que engancha al lector.

Ahora bien, lo que realmente nos interesa es el trasfondo de los hechos novelados en *La caja mágica*. Hechos en vez de versos. Una multitud de personas se congregó la gélida mañana del 9 de enero de 1923 en torno a la prisión en Holloway, donde se celebró una ejecución como ninguna, además una de las últimas. Dejando de lado los horrores de la Segunda Guerra Mundial que se cebó con la población civil como ninguna otra guerra, la pena capital perdió de importancia, y las últimas ejecuciones por ahorcamiento en el Reino Unido se llevaron a cabo en 1964. Al mismo tiempo y a poco más de medio kilómetro de distancia se realizó otra ejecución, la de su amante Frederyck Bywaters, de veinte años, en la cárcel de Pentonville. ¿Por qué tuvo que morir la pareja de enamorados?

Una ejecución sumamente cruel, ya que Edith no pudo ver a sus propios padres el día antes de su ejecución y para más inri no hubo prueba alguna de su implicación en el asesinato de su marido Percy Thompson, controlador y maltratador. Freddy le atacó en la calle, asestándole tres puñaladas, poco después de salir del teatro. En aquella época la «Justicia» aplicaba otros parámetros, el veredicto fue que ella hubiera instigado a su amante a terminar el matrimonio a golpe de cuchillo. Durante toda la trama judicial Freddy manifestaba la inocencia de Edith, pero eso no interesaba a nadie, ni a la Justicia ni a la sociedad de entonces. Una mujer moderna que trabajaba, con inquietudes culturales e intelectuales, independiente pese a todos los escollos de la época e infiel a su marido, eso fue su condena. Nada más. Si la envidia fuera tiña...

Edith Jessie Graydon, mayor de cinco hermanos, nació el 25 de diciembre de 1893 en Dalston, al este de Londres en el seno de una familia humilde. Su gran amor fueron el baile y el teatro, y al graduarse encontró un trabajo en la compañía *Carlton & Prior*, fabricante de sombreros. El trabajo le iba muy bien, gozó de buena reputación y a muy poco tiempo fue ascendida, hacía viajes de negocios a Francia. Nada mal para aquellos tiempos, lejos del *Eurostar* y los aviones.

Cuando tenía quince años conoció a Percy Thompson, tres años mayor, y tras seis años de noviazgo se comprometieron. Seguían los cauces tradicionales, se casaron en enero de 1916 y compraron una casa en Kensington Gardens. Pocas mujeres ganaban su propio dinero y para colmo de todo el salario de Edith superaba el de su esposo, así que ella aportaba el grueso para la adquisición de la casa, pero toda la titularidad iba a nombre de Percy.

Unos años pasaron, cuando sucedió un reencuentro en casa de los Graydon que hizo cambiar todo. Edith tenía veintisiete años y Freddy dieciocho, recién salido de la marina mercante, a la que se había alistado a la tierna edad de trece años. Los relatos de Freddy sobre sus vivencias allá en alta mar cautivaron a Edith. Un joven aventurero y amigable frente al cónyuge abusivo, soso y chapado a la antigua. Poco a poco se encendieron las llamas del amor y se no apagaron. En 1921 Edith y Freddy pasaron unas vacaciones en la Isla Wight, a invitación de ella. Nacido el romance, llegó a más. Obtuso y sin sospechar nada, Percy invitó al joven Freddy a vivir con ellos. Un par de semanas convivían, pero no en paz.

Estas pocas semanas fueron el detonante de todo. Sin querer, Freddy presenció los maltratos físicos de Percy a Edith. El joven no soportaba ver cómo Percy golpeaba y zarandeaba a Edith, dejándola malherida y con moratones por todo el cuerpo. En plena faena Freddy tomó cartas en el asunto para impedir más violencia, así que Percy le echó de su casa. El marinero zarpó de nuevo, entre septiembre de 1921 y septiembre de 1922. Un año entero en alta mar, los enamorados se escribían cartas, Freddy las guardó, si bien Edith le rogaba que las destruyera tras leerlas. *Absence makes the heart grow fonder*, el refrán inglés que predica precisamente lo contrario al español, estando en la misma situación. Las ausencias hacen el amor más grande, y así fue.

Amor, amor, pero las cosas no pudieron acabar bien. Percy falleció al instante, tras recibir las puñaladas en el cuello de parte del defensor de su mujer. Eran las once de la noche del 3 de octubre de 1922, cuando el

matrimonio salió del *Criterion Theatre*, tras ver la comedia *The Dippers* allí. Edith, angustiada ante tal inesperado evento, gritó auxilio, pero en un abrir y cerrar de ojos fue viuda. Poco tardaron los policías de Ilford en dar con Freddy, y eso por varios motivos. Un hermano de Percy había mencionado al marinero, y aún más grave, posteriormente encontraron las misivas de amor en el barco. Los investigadores tendieron una trampa a Edith, en alegar que Freddy habría confesado su autoría. Eso fue lo suficiente, sin dar más vueltas, para inculpar a la insospechada Edith.

Entre los siguientes «pasos» transcurrió bien poco tiempo. El juicio fue celebrado el 6 de diciembre de 1922, seguido por todos los públicos y con gran repercusión mediática. La gente venía en masa para seguir las actuaciones judiciales de cerca, aguardando en tropas en la calle, a las puertas del tribunal. Se «hizo Justicia» en admitir las cartas como prueba, consideradas de gran valor probatorio. Todas las cartas fueron leídas en voz alta delante de todos y se les otorgó un peso enorme en toda la acusación. Conforme al tribunal las cartas dejaban constancia fehaciente y suficiente de su culpa, de haber incitado a Freddy a asesinar cuanto antes al marido malquerido. Otras pruebas no existieron, ni testigos ni flores.

El 11 de diciembre de 1922 pronunciaron el veredicto el tribunal penal central de Londres, el *Old Bailey*. Ambos fueron condenados a la ejecución por horca. Freddy quería defender a su querida y su inocencia, mientras ella lloraba desesperadamente. Si bien el jurado actuó con una crueldad, sin miras a toda la situación, el caso levantaba las simpatías de mucha gente. Más de un millón firmó para impedir la ejecución de Frederyck, la de Edith no importaba a nadie. Un caso estrambótico en todo. Añadido a una condena con muy poco fundamento, cabe tener en cuenta que a partir de 1907 a todas las mujeres británicas sentenciadas a la pena capital fue otorgado el indulto, pero ella ni fue escuchada. Ni una.

El caso podría haber dado una vuelta, pero ni el juez ni el jurado, tajantes a más no poder, no lo deseaban. Ni recursos ni una posible